



Al día siguiente del salto, los golpes y rasguños en el rostro y las manos de Sacha eran la única evidencia visible de su caída al vacío. Le dolía la muñeca, pero el hueso ya había sanado.

Ahora, solo estaba un poco adolorido. Pero la noche anterior había sido una historia completamente distinta.

Su actuación duró hasta que Antoine se escabulló hacia la calle como una rata asustada. En cuanto estuvo fuera de la vista, el joven se dejó caer contra el muro de la bodega, tomándose el brazo roto. Su aliento silbaba entre sus dientes.

Puede que no lo haya matado, pero sin duda morir dolía como los mil diablos.

Y si su madre veía las heridas en su cara, perdería el control.

Con gran esfuerzo, había conseguido enderezarse y comenzado a cojear por la calle de regreso a casa. Iba a medio camino cuando su teléfono zumbó.

*Ahora no, Antoine*, balbuceó al extraer el aparato de su bolsillo.

Pero no era él. Era un e-mail de aquella chica inglesa.

Al leerlo, su gesto se había descompuesto, primero con indignación, luego con una risa desconcertada.

La carcajada mandó una descarga de dolor a través de sus costillas, las cuales, seguramente, también estaban fracturadas. Tomándose de los costados, metió el teléfono en su bolsillo y continuó renqueando.

La inglesita tenía actitud.

Fue entonces que decidió permitirle que le enseñara, después de todo.

Aun así, primero necesitaba un poco de información. ¿Cómo lo había encontrado? ¿Quién le había dado su dirección de correo electrónico?

Tenía sus sospechas, pero había solo un lugar donde conseguir respuestas.

Por suerte, esa semana su madre trabajaba por la noche, así que cuando ella se fue a la cama, él ya se había levantado, por lo que no pudo ver las marcas delatoras en su rostro.

Al ducharse, se recargó contra la pared de cerámicos blancos y dejó que el agua caliente lavara lo último de la sangre seca. Al pasarse el jabón por la piel, las puntas de sus dedos se toparon con chichones y rugosidades; cada marca pálida era un recordatorio de un riesgo tomado. Otra muerte.

Había una cicatriz larga y delgada en su brazo izquierdo, de cuando estrelló a propósito, por una apuesta, un auto robado contra un poste de luz. Consiguió 150 euros por la hazaña.

Una herida ligeramente salida en su cadera le servía como recordatorio de la vez que le dieron una paliza después de un juego de póker. A los tipos a quienes derrotó no les gustó perder.

Cerró la llave del agua y se quedó parado un momento, goteando. Luego tomó una toalla.

Ahora tenía que hacer algo mucho peor que solo estrellar un auto.

Un poco más tarde, vestido con jeans y una camiseta negra descolorida, salió del apartamento y se dirigió a la escuela por primera vez en semanas.

Con la clara luz del sol de la mañana, las calles comunes de la ciudad lucían ajetreadas. Los árboles danzaban con la brisa. La multitud de parisinos pasaba apresurada alrededor del joven.

Últimamente, se había vuelto tan nocturno que había olvidado lo agradables que podían ser las mañanas.

Ya iba retrasado para llegar a clase, pero, al pasar por una panadería, el aroma del pan caliente le hizo agua la boca.

Llevaba algo del dinero de Antoine en el bolsillo, así que compró un *croissant* y lo fue comiendo en el camino. El hojaldre sabor a mantequilla se derretía en su boca; lo devoró en cuatro mordidas.

Cuando llegó a la escuela, unos minutos tarde, el alto edificio de ladrillos rebosaba de estudiantes con prisa por entrar a clase. Sacha no se apresuró. Caminó a través de la muchedumbre, con los lentes de sol puestos. Era una isla de tranquilidad en medio de una frenética oleada de adolescentes.

No volteó a ver a derecha ni a izquierda; ya no había nadie a quien conociera bien. No tenía amigos. ¿Qué sentido había en tenerlos si no ibas a estar aquí para pasar el rato con ellos?

Incluso, ahora le parecían infantiles sus conversaciones.

—¿Viste a Justine anoche? ¿Ese *vestido*?

—Si no haces el ensayo, Lanton te va a matar...

—¡Tienes que venir! Todos estarán ahí.

En realidad, eran ridículas las cosas por las que se preocupaban.

Su presencia no pasó desapercibida. Las gafas oscuras y las heridas en el rostro hacían que destacara. Sentía que la gente lo miraba; escuchaba los rumores al pasar. Pero nadie se detuvo a preguntarle qué había ocurrido.

Los profesores, al verlo, ni siquiera se molestaban en ocultar su sorpresa. En su primera clase, el maestro ojeó con frenesí la lista completa del grupo.

–Pensé que lo habían transferido a otra escuela el mes pasado...

El profesor de Matemáticas, por otro lado, se limitó a levantar burlescamente la ceja.

–¿Y a qué debemos el honor de su presencia? ¿Es día de fiesta?

En realidad, nada de esto molestaba al joven. Dejaba que las palabras resbalaran.

¿Qué sentido tenía aprender cosas que nunca iba a tener oportunidad de usar?

No podía culpar a los docentes. Había hecho de todo, pero abandonó la escuela el periodo anterior. Solo una profunda curiosidad podría haberlo traído ahora a este lugar. Eso y el enojo. No le gustaba que la gente diera su dirección de e-mail y tenía la corazonada de quién podría haberlo hecho.

Para cuando llegó a la clase de Inglés del señor Deide, obviamente su inesperada reaparición había sido comentada en la sala de profesores. El maestro no hizo comentarios, solo se limitó a señalar una silla vacía al fondo del aula.

La lección terminó y los otros estudiantes salieron. Sin embargo, Sacha no se levantó. Esto no pareció sorprender al profesor.

–Últimamente no te he visto mucho por aquí –dijo el profesor al cerrar la puerta. Parecía que no se le escapaba nada a su mirada aguda e intensa.

El joven se encogió de hombros. Sus piernas largas se extendían hacia el pasillo, pero se había quitado los lentes de sol.

Deide era el único maestro al que él valoraba. Sin importar qué ocurría ni cuánto tiempo desaparecía, siempre recibía a Sacha de vuelta. Intentaba ayudarlo, le preguntaba por su familia. A diferencia de los otros, parecía que a él realmente le importaba. Y el muchacho tenía la absoluta certeza de que él estaba detrás de este asunto de la tutoría. Solo se preguntaba cuándo iba a decirle.

–Tenía... cosas que hacer –repuso el adolescente, manteniendo vaga su respuesta.

–Eso es bastante obvio –hizo una mueca ante el rostro amoratado del joven–. ¿Qué sucedió? ¿Ahora boxeas?

Deide era menos alto que la mayoría de sus alumnos, pero era musculoso; Sacha siempre se preguntó si el hombre había practicado algún tipo de deporte. Su cabello abundante y oscuro estaba cepillado con esmero, y su mentón bien definido lucía perfectamente afeitado. Sus lentes angostos estaban sorprendentemente a la moda.

–Podría decirse. También hago un poco de salto base... –el muchacho se rio de su propia broma.

–Interesante –el tono del docente delataba que en realidad no pensaba que lo fuera.

Hubo un silencio. Sacha esperó que el profesor le dijera qué estaba ocurriendo. Sabía que si era paciente, al final saldría la verdad.

Encaramado sobre un escritorio, el maestro lo observaba con seriedad.

–Escucha, entiendo que la escuela nunca haya sido... lo tuyo, como dicen los jóvenes. Y es una lástima, porque de verdad creo que eres mucho más listo de lo que pretendes. En mi clase obtendrías calificaciones perfectas. Lo hacías hasta el año pasado. Y luego, simplemente... –levantó las manos– renunciaste.

Sacha bajó la mirada y comenzó a jugar con el tirante de su mochila.

–Dejaste a tus amigos. Descuidaste los estudios. Desapareciste. No solo dejaste la escuela. Fue como si te hubieras alejado de tu vida –Deide se inclinó hacia él–. No me gusta ver que un joven de 17 años abandona la vida.

El muchacho no podía discutir su apreciación. Pero tampoco podía decirle la verdad.

–Supongo que tiene razón –respondió con total sinceridad–. Debería intentarlo. Prometo poner de mi parte...

–No es suficiente –repuso, interrumpiéndolo–. Sé que hablas bien inglés; solía encantarte esta clase. No sé por qué dejaste de esforzarte, pero no puedes continuar así. Necesitas ponerte al corriente. Retomar el rumbo.

–¿Cómo? –preguntó burlonamente–. Es muy tarde. Estoy demasiado atrasado –se encorvó en la silla–. De todos modos, ¿para qué?

–No seas ridículo –el profesor hojeó sus papeles–. No es demasiado tarde. Conozco a alguien que te puede ayudar.

*Aquí vamos*, pensó Sacha.

Al encontrar el papel que estaba buscando, el docente miró fijamente a su alumno, con el entrecejo fruncido.

–Esto implica trabajo extra.

Sacha, que no hacía nada de tarea escolar, esbozó una sonrisa.

–No habla en serio.

–Lo hago –respondió el profesor–. Sigues siendo un estudiante y no veo por qué tendrías que dejar de trabajar. Además... ¿acaso tu padre no era inglés?

La sonrisa de Sacha se borró. Nunca hablaba acerca de su padre.

–Eh... supongo –se encogió de hombros y se retrajo en su frío y duro caparazón.

Su padre era británico de nacimiento y, seguramente, esa información debía encontrarse en el historial académico del muchacho, como también la fecha de su muerte.

–Entonces, deberías honrar su recuerdo aprendiendo su idioma –dijo Deide– y no dándote por vencido.

Sacó un trozo de papel con algo escrito en él.

Durante una fracción de segundo, Sacha pensó en decirle exactamente lo que podía hacer con su nota. Pero, simplemente, no podía hacerle eso al único profesor que aún se interesaba en él.

Con un suspiro exagerado, el joven estiró la mano hacia el papel. Este contenía unas pocas palabras: una dirección de correo electrónico y un nombre ya conocido, Taylor Montclair.

Justo como sospechó, Deide estaba detrás de este asunto.

–Es el e-mail de tu tutora –el profesor sonaba satisfecho consigo mismo–. Es una estudiante inglesa, de tu edad. Debes ponerte en contacto con ella en

línea, escribirle correos y chatear en inglés. Ella te ayudará con tu gramática y a ponerte al corriente –el hombre reunió sus libros en una pila–. Es una buena forma de aprender, ¿*non*? Sin maestros que te griten.

–En realidad, ella ya se puso en contacto conmigo –respondió Sacha.

–¡Oh!, ¿de verdad? –miró fijamente al joven.

–Le dije que se fuera al cuerno. Y, por cierto, no me gusta que la gente dé mi dirección de correo.

–¿Sabes, Sacha? –replicó el profesor, reclinándose contra el escritorio con un suspiro–, podrías tratar de ser amable para variar.

–Soy amable –respondió, acribillándolo con una mirada fulminante.

–No pienso entrar en tu juego –dijo de golpe. El muchacho se enderezó en su asiento; no era común que Deide perdiera los estribos–. No estoy pidiendo demasiado. Solamente, intenta darle una oportunidad. Habla con ella. En verdad creo que te puede ayudar... si se lo permites.

Con el ceño fruncido, Sacha clavó la mirada en el papel que tenía en la mano.

Deide siempre trataba de encontrar nuevos modos de salvarlo. Aunque todo esto era inútil, por razones que el profesor nunca podría entender, lo importante era que se preocupaba por él.

Tal vez, por lo menos, debería pretender que lo intentaría. Tan solo para darle algo a cambio.

Pero el muchacho no se lo facilitaría al docente.

–Ya veremos –respondió.

–Es imposible ayudarte –replicó con un suspiro y luego comenzó a amontonar papeles.

El profesor no sabía cuán acertado estaba.

Mientras recorría el pasillo unos minutos después, solo entre la multitud, una parte de Sacha deseó poder contarle la verdad al maestro de Inglés. Querría hacerle entender que no solo se hacía el difícil. Tenía una razón.

*No me puede ayudar. Nadie puede.*



Para cuando acabaron las clases, Sacha había sanado por completo, fuera de los peores magullones. A estos siempre les tomaba más tiempo desvanecerse. Jamás había sido capaz de descifrar por qué sus huesos se regeneraban más rápido que los golpes. Simplemente, funcionaba así todo el tiempo.

El joven caminó de regreso a casa con su habitual andar desgarbado y tranquilo, sus lentes de sol oscuros e intimidantes, y la cabeza metida en la capucha de una sudadera, a pesar de que el día estaba cálido y soleado. No le hablaba a nadie y ninguna persona se dirigía a él.

Justo como le gustaba.

El edificio de apartamentos donde vivía con su madre y su hermana era típicamente parisino: blanco como el merengue y de cinco pisos de alto. Todo le resultaba tan familiar que entró al lobby sin realmente notar cómo el sol alargaba las sombras en el suelo de linóleo o cómo se sentía un vago olor a polvo y limpiador.

Al subir al pequeño elevador con paneles de imitación madera, presionó el número tres. Las puertas se cerraron con un leve golpe sordo. Nada sucedió por un breve momento, luego ascendió con un rechinido.

El apartamento familiar tenía ese aspecto ligeramente desordenado que aparecía cuando su madre trabajaba de noche en el hospital. Aún había unos cuantos platos sucios en el fregadero, no se había guardado la correspondencia y la manta de rayas azules y grises yacía arrugada sobre el sofá, en lugar de estar doblada en su sitio como sería lo normal.

Todo estaba callado. La puerta de la habitación de su madre estaba abierta y la luz se derramaba hacia el suelo de madera del pasillo. Debió haber salido. Laura, su hermana menor, a menudo tenía clases hasta tarde o actividades extraescolares.

Sacha tenía el lugar para él.

Después de dirigirse a la cocina para prepararse un sándwich, se dirigió a paso hacia su dormitorio.



Por acuerdo mutuo, su madre nunca limpiaba la habitación, y, por el momento, la mejor forma de describirla era postapocalíptica. Había ropa desparramada en el piso, la cama estaba sin hacer y los libros y papeles estaban por doquier, junto con los DVD, los juegos de computadora y un balón de fútbol.

Sacha se abrió paso en medio del caos hacia el pequeño escritorio cerca de la ventana. Tras aventar al suelo una avalancha de cosas para desenterrar la computadora medio sepultada, la encendió y esperó.

Tan pronto como esta cobró vida, abrió el mensaje de la joven inglesa y lo leyó de nuevo, frunciendo los labios mientras pensaba.

Luego de un segundo, dio clic en responder y tecleó con golpes rápidos y expertos: “Hablemos”.

Después agregó su nombre de chat y le indicó en dónde encontrarlo.

Lo dejó hasta ahí. No necesitaba dar más detalles hasta que no supiera más de ella.

Deide pidió que le diera una oportunidad, y lo iba a hacer. Pero eso era todo lo que le daría.

Le dio una gran mordida a su sándwich y masticó de forma pensativa. Había algo en la inglesita que lo fastidiaba. Su apellido le resultaba extrañamente familiar, como si la conociera de algún lugar.

Dejó el emparedado en el escritorio y, acercando el teclado, escribió “Taylor Montclair” en el buscador.

La mayoría de los resultados eran aleatorios: una universidad en Estados Unidos, una compañía de limpieza... Pero también arrojó el artículo de un periódico local de un pueblo inglés llamado Woodbury.

“La estudiante Taylor Montclair fue condecorada con el Premio Nacional al Voluntario Joven del Año en una ceremonia el viernes por la noche”, señalaba el artículo. “El reconocimiento incluye una beca de educación superior y una placa. Taylor, que apenas tiene diecisiete años, recaudó el año pasado miles de libras para obras benéficas nacionales y dedicó más de cien horas de su tiempo al voluntariado...”.

No había fotografía ni más información útil. Pero algo le decía que debía ser ella. El e-mail que recibió era tan formal, tan estirado, tan... voluntaria del año.

*La pequeña bienhechora Taylor Montclair.*

Aunque no se explicaba por qué su nombre había despertado tanto interés en él.

Una sonrisa terrible cubrió su rostro.

*Esto se va a poner interesante.*